

El mundial de fútbol de 1978 en Argentina: victoria deportiva y derrota moral

Eduardo P. Archetti
Universidad de Oslo

Resumen: En este artículo se recoge la difícil convivencia entre la pasión futbolística argentina y la situación de dictadura en la que se desarrolló el Campeonato del Mundo de 1978. En aquellos momentos se manifestaron las complejas relaciones entre el amor al fútbol y la ideología nacionalista de la Junta militar. El resultado de ese conflicto es una ambivalencia moral en torno a la victoria final de la selección argentina, algo que todavía en la actualidad genera debates acerca de lo correcto o erróneo de las actitudes adoptadas hace más de un cuarto de siglo.

Palabras clave: Fútbol, Argentina, Dictadura, Mundial 1978, ambivalencia moral, nacionalismo, identidad

Abstract: This article deals with the complicated coexistence of the Argentine obsession with football and the dictatorial situation when the World Cup was played in 1978. At that time the relationship between love of football and the nationalist ideology of the military Junta was obvious. The result of this conflict is moral ambivalence about the final victory of the Argentine national team, something that even now is a source of argument as to whether the attitudes shown over a quarter of a century ago were right or wrong.

Keywords: Football, Argentina, Dictatorship, World Cup 1978, moral ambivalence, nationalism, identity

En la novela de Antonio dal Masetto *Hay unos tipos abajo*¹, Pablo, en el fin de semana de la final del Campeonato del Mundo jugado por Argentina contra Holanda, observó un coche sospechoso con dos personas en su interior aparcado en la esquina de su casa, situada en un barrio del centro de Buenos Aires. Carecía de compromiso político, pero como periodista sabía que podía ser definido como enemigo de la Junta militar. Él y su novia vivieron dos días en la paranoia más absoluta. Dal Masetto recrea una atmósfera

¹ Antonio DAL MASETTO, *Hay unos tipos abajo*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

opresiva en la que el miedo de Pablo a ser secuestrado por un escuadrón militar o de la policía contrasta con la excitación y el entusiasmo con el que los argentinos esperaban su primera victoria en el fútbol mundial. Estábamos en pleno desarrollo de una competición deportiva que ocultaba la represión política, la tortura y la muerte. Lo que se imaginaba como posible en el caso de Pablo, adquiere dimensiones trágicas en la novela de Martín Kohan *Dos veces junio*². El narrador es un soldado que sirve como conductor para un médico militar durante los días del Mundial de Fútbol. Mientras las masas seguían los partidos por radio o televisión, el soldado esperaba al médico en el exterior del estadio del River Plate, a donde había sido requerido con urgencia: un prisionero político torturado estaba a punto de morir y ello hizo necesaria la experiencia del doctor Mesiano. Sin embargo éste estaba más interesado en el fútbol y en el destino del equipo argentino en un partido trascendental que en salvar una vida, después de todo a los terroristas no se les podía tratar como a seres humanos. El moribundo bien podría haber sido Pablo. En *La crítica de las armas*³ José Pablo Feinman ha retratado dramáticamente las contradicciones de una sociedad argentina que trataba de lograr orden y paz mientras reinaba el secuestro y el asesinato. Epstein, el protagonista, un filósofo que había escrito textos revolucionarios en el pasado, estaba obsesionado por la idea de ser secuestrado y noche tras noche aguardaba el ruido del ascensor deteniéndose en su piso como anuncio de la llegada del escuadrón militar. Feinman escribe:

Si no se moría, si no lo mataban, Pablo Epstein sabía que habría de vivir sus próximos años en un país de cobardes y cómplices. Pero sabía algo más, algo peor: que él, necesariamente, participaría de una de esas dos condiciones, o de las dos, ya que sabía, conociéndose, que habría de actuar como un cobarde, y que era incapaz de imaginar cómo, en el país terrorífico que se avecinaba, no ser un cómplice⁴.

² Martín KOHAN, *Dos veces junio*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2002.

³ José Pablo FEINMAN, *La crítica de las armas*, Buenos Aires, Norma, 2003.

⁴ José Pablo FEINMAN, *La crítica de las armas*, p. 21.

La ficción argentina ha reflexionado convincentemente sobre los dilemas morales de los años setenta y su reflejo en los aspectos más oscuros asociados con el Mundial de 1978. Estas novelas recientes muestran que el período militar todavía es una herida abierta que implica consternación emocional y significados controvertidos. Nadie puede negar que sólo a unos cientos de metros del estadio del River Plate, donde el equipo argentino jugó la primera fase y la final, estaba situada la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada). Éste fue el mayor centro de internamiento y tortura de la dictadura militar. Tal era el horror que los prisioneros podían escuchar las celebraciones y la alegría que llegaba del campo de juego al mismo tiempo que escuchaban los gritos de sus compañeros torturados. ¿Era legítimo estar locamente ensimismado con el Mundial e ignorar lo que estaba ocurriendo? ¿Era aceptable apoyar al equipo nacional bajo esas circunstancias? ¿Era justificable desear la victoria sabiendo que ese era el principal y más explícito objetivo de los militares en el poder? ¿Era defendible salir a las calles, cantar y ondear la bandera nacional tras la victoria argentina?

Veinticinco años después del Mundial, el periodista de Vedia resumía la contradictoria situación de la Argentina de 1978:

Esa era, en definitiva, la tragedia argentina: un país partido por la mitad, una nación cortada en dos por una dicotomía tragicómica en la que el fútbol y la muerte dirimían la más absurda contienda de la historia...En 1978 hubo dolor y muerte, pero hubo – también- fútbol y alegría. La vida fluye siempre de esa manera: con luces y sombras, con durezas y blanduras. Y así escriben su historia los pueblos: con el alma henchida de júbilo y, a la vez, con el alma hecha jirones...Juguemos al fútbol sin que la sombra de la muerte se filtre en los estadios por alguna rendija. Y lloremos las vidas perdidas sin que ningún estrépito nos distraiga de nuestro dolor. Vivir, morir, gritar un gol: todo es parte de ese misterio que llamamos vida⁵.

En este artículo trataré de lograr una mejor comprensión de las complejas relaciones entre la pasión y el amor de los argentinos por el fútbol y la ideología nacionalista de la Junta militar. En la última parte

⁵ *La Nación Deportiva*, 25-VI-2003, p. 2.

[MyC, 7, 2004, 175-194]

trataré de la ambivalencia moral que creó la victoria del equipo nacional, de tal forma que los debates acerca de lo correcto o erróneo de la misma nunca han terminado del todo en Argentina.

Nacionalismo militar y Campeonato del Mundo

El comienzo de 1976 fue caótico debido a la tremenda violencia política utilizada por las fuerzas militares y paramilitares para combatir a los grupos de la opositora guerrilla de izquierdas, a la crisis institucional abierta tras la muerte del presidente Perón y a la degradación económica que, entre otras cosas, provocó una tasa de inflación anual del 566'3%. En marzo de ese año la inflación alcanzó un máximo histórico: 56%, acompañada por un asesinato político cada cinco horas y la explosión de una bomba cada tres horas. Desde diciembre de 1975 los asesinatos se agravaron por la actividad incontrolada de grupos paramilitares apoyados por el Estado y por el ala derechista del Partido Peronista en el poder. El 24 de marzo los militares derrocaron a la Presidenta Isabel Martínez de Perón e instalaron un régimen que llamaron, eufemísticamente, Proceso de Reorganización Nacional. Sus objetivos proclamados fueron el restablecimiento del desaparecido orden social, la reorganización de las instituciones y la creación de mejores condiciones para el regreso a una auténtica democracia⁶. Según sus propias palabras, declararon que permanecerían en el poder hasta que los verdaderos valores de la moralidad cristiana, la tradición nacional y la dignidad de ser argentinos se hubiesen recuperado. Los medios más importantes para ello serían la erradicación de los grupos subversivos de izquierdas y la promoción de la armonía entre el Estado, el capital y los trabajadores. La inserción de Argentina en el bloque occidental de naciones cristianas que luchaban contra el comunismo y la oposición a los países socialistas se definía como crucial⁷. El diagnóstico de una intensa crisis moral, política y social no estaba lejos de la realidad pero, por supuesto, las fuerzas armadas eran una parte importante del

⁶ Marcos NOVARO y Vicente PALERMO, *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 20.

⁷ *La Nación*, 25-III-1976.

problema. Decidieron actuar con la idea de que ellos eran los únicos garantes del orden y que en el transcurso de la acción de gobierno se lograría el consenso social. El General Videla, designado Presidente de la Junta, declaró que una vez que sus valores y objetivos fuesen aceptados por la sociedad civil y los grupos políticos, se realizaría una transferencia gradual del poder⁸. Las fuerzas armadas, obviamente, decidieron mantener el poder durante un prolongado período de tiempo, una perspectiva temporal diferente de la de otros regímenes militares que habían ocupado el poder en el pasado inmediato. El uso de la represión, la tortura, el secuestro y el asesinato se convirtió en algo habitual. El resultado fue dramático: 30.000 personas fueron asesinadas entre 1976 y el final de la dictadura en 1983. Un país acostumbrado a la intervención militar y a la violencia nunca había experimentado la crueldad y la locura de esos años.

En este contexto se organizó y desarrolló de forma ejemplar el campeonato del Mundo. Podemos preguntarnos *ex-post*: ¿cómo pudo la FIFA permitir que se jugara el campeonato en estas circunstancias? ¿cómo fue posible que participaran quince países, muchos de ellos viejas democracias regidas por gobiernos progresistas? La respuesta es simple: la ideología dominante señalaba que el fútbol y el deporte formaban parte de la sociedad civil y como tales, eran independientes de las políticas de Estado partidistas. Se asumía que el fútbol no era política y nunca lo sería. El ideólogo Polakovic expresaba con claridad este esquema conceptual:

El Mundial no tiene nada que ver con la política... tiene que ver con lo nacional o sea con la vida de la Nación... cada persona humana forma parte de una nación, independientemente del Estado en el que le toca vivir... la nacionalidad lo acompaña durante toda su vida... y desde el punto de vista nacional, el equipo deportivo tiene la misma función que los conjuntos folklóricos llegados aquí para presentar, a la admiración de todos, sus bailes y canciones... cada hombre desea formar parte de una nación a la que todos aprecian y admiran... la nación da al hombre la sensación de abrigo y protección... el fútbol argentino presente en el Monumental hizo activas las fuerzas etnogenéticas, y así indirectamente contribuyó al

⁸ Marcos NOVARO y Vicente PALERMO, *La dictadura militar*, p. 27.
[MyC, 7, 2004, 175-194]

fortalecimiento del ser nacional argentino... sabíamos del valor nacional del tango... del valor nacional del fútbol nos damos cuenta todos, porque todos lo estamos viviendo y percibiendo en estos momentos⁹.

Por otro lado la FIFA, como organismo internacional, dependía de asociaciones nacionales de fútbol independientes y del patrocinio de empresas multinacionales, interesadas ambas en el impacto global del campeonato y en la consolidación del deporte. Ni la FIFA ni Coca-Cola ponían en el centro de sus compromisos la política, ni adoptaban puntos de vista moral al valorar las cualidades de los países organizadores. La Junta sabía muy bien que la FIFA no estaba preparada para cancelar la celebración del Mundial a partir de argumentos éticos. Los militares sabían perfectamente que las inspecciones periódicas de la FIFA se basaban en la valoración de la capacidad organizativa del comité nacional (Ente Autárquico del Mundial –EAM–) encargado de la adecuación de los estadios y los aeropuertos y de la habilitación de una nueva estructura de televisión y comunicaciones. La Junta heredó un campeonato otorgado a Argentina en 1968; ella no lo pidió. Podemos imaginar a influyentes generales pensando que era un regalo a una sociedad que tanto amaba el fútbol. Sin embargo, se trataba de un regalo envenenado, puesto que el tiempo jugaba en su contra si no conseguían pacificar el país. La aniquilación total de los grupos guerrilleros era crucial. Un Campeonato del Mundo con bombas, protestas y manifestaciones era impensable. Pocas semanas después del golpe militar el EAM fue intervenido y el Mundial se convirtió en una prioridad nacional.

Alfredo Cantilo, presidente de la Asociación del Fútbol Argentino, reconocía que los preparativos iniciados en 1968 no habían sido efectivos. En 1976 los militares se enfrentaron a una situación caótica. La falta de tiempo se convirtió en el obstáculo principal. Sin embargo, la presencia de los militares en el EAM hizo posible la finalización de todas las construcciones retrasadas. Los militares, decía Cantilo con orgullo, demostraron al mundo las posibilidades de una nueva nación y confirmaron la importancia de la planificación y la

⁹ *La Nación- Suplemento Cultura y Nación*, 22-VI-1978, p. 6.

disciplina¹⁰. El general Antonio Merlo, responsable del EAM, declaró algunos meses antes de la ceremonia de apertura que “a pesar de la modestia de la Copa del Mundo comparada con las Olimpíadas, el principal objetivo es mostrar al mundo nuestro talento organizativo. Hace dos años nadie creía en nosotros, y ahora el mundo está convencido que los argentinos están hechos para hacer cosas importantes. Para nosotros ha llegado el momento de la verdad”¹¹. Las expectativas también se vincularon a los resultados deportivos. En su último encuentro con el equipo nacional, el general Videla señalaba que los futbolistas estaban obligados

A mostrar que eran lo mejor de la nación y lo mejor que la Argentina podría presentar al universo... y que estaban obligados a demostrar la calidad del hombre argentino. Este hombre que a nivel individual o trabajando colectivamente es capaz de llevar adelante grandes empresas cuando está guiado por objetivos comunes... y será le expresión adecuada de la calidad humana de los argentinos¹².

El Mundial era un éxito en el seno de una sociedad “pacificada”. La ola de nacionalismo popular era inmensa. Las manifestaciones de alegría en los estadios y en las calles tras las victorias argentinas que culminaron en el triunfo frente a Holanda ya en la final fueron interpretadas por la Junta como el éxito de un proyecto nacional. El general Videla decía que el grito “Argentina, Argentina”, y los millones de banderas en cada esquina eran signos de una nación recuperada, en la plenitud de su dignidad. El general Saint Jean, gobernador de la provincia de Buenos Aires, proclamó que la historia de Argentina tenía un antes y un después del Mundial. La Copa del Mundo se vio como el comienzo de una nueva época en la que la unión de las gentes, finalmente, se había conseguido. La Junta, orgullosamente, declaró que la competición mostraba que los partidos no se habían jugado por once jugadores en el campo, sino por veinticinco millones de argentinos. Argentina venció pacíficamente a la subversión. Había nacido un país nuevo¹³. Los medios de

¹⁰ *La Nación*, 1-VI-1978, p. 8.

¹¹ *Somos*, 28-IV-1978, p. 14.

¹² *Suplemento Clarín Mundial*, 27-V-1978, pp. 6-7.

¹³ Véase *Página 12*, 26-VI-1988, pp. 10-1.

comunicación, sin excepciones, participaban acríticamente en la explosión de alegría, en el optimismo y en el chauvinismo¹⁴. Incluso un intelectual crítico como Ernesto Sábato dijo que “la Copa del Mundo fue una prueba de madurez, nobleza, una manifestación popular marcada por la generosidad y el altruismo”¹⁵. Definida como *La fiesta de todos*, el título de la película oficial sobre el Mundial, la Junta vivió en esos días de junio su mejor momento. El régimen, sin reparo alguno, consideró que a través del fútbol estaban obteniendo los objetivos reales y simbólicos más importantes: la imagen de una nación victoriosa mostrada al mundo¹⁶. En el epígrafe siguiente mostraré que esto se hizo posible además porque los valores y las ideologías del fútbol argentino crearon un ambiente favorable.

Esencialismo futbolístico

El fútbol en Argentina es una vieja pasión nacional, una obsesión, el lugar del orgullo y el desencanto, de la alegría y la tristeza, y un importante escenario para la obtención de la victoria y del reconocimiento global¹⁷. Un país que había exportado miles y miles de jugadores al mundo, y especialmente a Europa, y que obtuvo muchos títulos internacionales con sus clubes y equipos nacionales, nunca se había proclamado Campeón del Mundo. La participación en el Mundial previo, en 1974, no fue muy triunfal y la derrota en segunda ronda ante Holanda por 4 a 0 fue traumática. La explicación se atribuyó a los erráticos sistemas de juego elegidos por los entrenadores. El principal semanario deportivo escribía que Argentina

¹⁴ Véanse Carlos ULANOVSKY, *Paren las rotativas*, Buenos Aires, CEAL, 1997; Abel GILBERT y Miguel VITAGLIANO, *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Buenos Aires, Norma, 1998 y Eduardo BLAUSTEIN y Martín ZUBIETA, *Decíamos ayer: La prensa argentina bajo el proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998.

¹⁵ *La Razón*, 13-VI-1978, p. 4.

¹⁶ Marcos NOVARO y Vicente PALERMO, *La dictadura militar*, p. 166.

¹⁷ Véanse Eduardo P. ARCHETTI, *Masculinities. Football, polo and the tango in Argentina*, Oxford, Berg, 1999 y *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001; y Pablo ALABARCES, *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2002.

jugaba sin convicción y, aún peor, sin una filosofía que reflejara una visión y una continuidad histórica¹⁸. En ese mismo número, Perfumo y Babington, dos de los más talentosos jugadores que tomaron parte en el Campeonato de 1974 en Alemania, confesaban que desconocían la forma de juego, dado que estaban más preocupados por la forma de jugar de sus rivales que por su propio estilo. Babington manifestaba que se le había pedido “tener ideas claras sobre nuestro estilo, necesitábamos un plan que reflejara nuestra idiosincrasia, nuestra técnica y habilidad, combinada con un mayor dinamismo y ritmo”¹⁹. En ese largo artículo se recogía el consenso entre jugadores y periodistas acerca de la estrategia correcta: la imperiosa necesidad de volver a las fuentes de nuestro estilo, basado en el regate y en el virtuosismo. Se insistía en que Argentina, una potencia mundial en la exportación de jugadores, debía concentrarse ya en sus propias posibilidades, iniciando un proceso que debía ser coronado con el título en 1978.

En octubre de 1974 César Luis Menotti fue nombrado seleccionador nacional. Había sido un destacado interior izquierdo: pausado, alto, elegante, muy técnico, visionario y un gran goleador. Comenzó su carrera en el *Rosario Central*, un equipo tradicional de la ciudad de Rosario, con un gran éxito. Posteriormente pasó a Buenos Aires y jugó en dos equipos importantes: *Racing Club* en 1964 y *Boca Juniors* en 1965. Su paso por *Boca* fue muy problemático. Su estilo basado en un *tempo* lento y en toques elegantes no se correspondía muy bien con el juego de patadón que siempre caracterizó al Boca Juniors. Como otros muchos jugadores argentinos tuvo también una fase internacional. En 1967 abrió caminos y se integró en *The Generals* de Nueva York y en el famoso *Santos* de Brasil, el mítico equipo de Pelé en 1969²⁰.

Menotti entrenó al *Huracán* en 1973, cuando éste obtuvo su primer título nacional por medio de un juego que los amantes del

¹⁸ *El Gráfico*, 2857, 9-VII-1974, p. 1.

¹⁹ *Ibidem*, p. 3.

²⁰ Roberto GASPARINI y José Luis PONSICO, *El director técnico del proceso*, Buenos Aires, El Cid editor, 1983.

[MyC, 7, 2004, 175-194]

fútbol argentino percibían como el típico estilo del país. Comprendió que se necesitaba una filosofía definida. Menotti era un jugador educado, con dos años de estudios universitarios, políticamente comprometido, miembro del Partido Comunista y, por encima de todo, sabía expresar sus ideas. Era capaz de crear un discurso sobre las relaciones entre las raíces históricas del fútbol y la identidad nacional. En este sentido, su aceptación del cargo de seleccionador nacional estaba en relación con la estrategia política del Partido Comunista, más opuesta a los grupos guerrilleros que a la Junta. Tras tantos fracasos la opinión pública estaba esperando una especie de Mesías y él se preparó para encarnar esa figura. En una larga entrevista en *El Gráfico*, Menotti exponía su cosmología futbolística en unas pocas características:

1. El talento y la habilidad técnica debían predominar sobre la potencia y el despliegue físico.
2. Era precisa una articulación dialéctica entre la velocidad corporal y la mental: no quería jugadores que corrieran sin pensar o que pensaran sin correr.
3. Un sistema de marcaje flexible en zona y hombre a hombre era la mejor estrategia en defensa.
4. Atacar con dos extremos y un medio-delantero era la mejor respuesta al sistema 4-4-2 impuesto por los brasileños en muchos equipos.
5. La continuidad, de la forma en que la mantuvieron los holandeses en los años setenta, era crucial: un balón perdido debía recuperarse lo antes posible.
6. La sensación de pertenecer a una tradición futbolística con grandes héroes era importante para los jugadores²¹.

²¹ 2875, 8-I-1975, p. 2.

Decidió seleccionar a los mejores jugadores y abrir nuevas posibilidades a muchas promesas que jugaban en las ligas provinciales. Su proyecto fue definido como un “objetivo nacional” y, a tal fin, organizó un equipo nacional con jugadores del interior. Comenzó también un trabajo sistemático con las selecciones inferiores que culminó con la victoria en la prestigiosa Copa Toulon francesa en 1975. Grandes figuras de aquel torneo fueron Tarantini, Passarella y Valencia, que integraron el equipo nacional en 1978. Insistía Menotti en que el fútbol sólo era un deporte y en que su trabajo estaba encaminado a la defensa del prestigio de las tradiciones futbolísticas argentinas. Decía que “jugando no defendemos nuestras fronteras, la Patria, la bandera. Con el equipo nacional nada que es profundamente patriótico muere o es salvado”²². A la preparación sistemática del equipo nacional le quedaban casi cuatro años. Tuvo éxito incluso al obtener en octubre de 1976 de la Asociación del Fútbol Argentino una prohibición para vender jugadores argentinos a clubes extranjeros. Menotti trabajó con muchos jugadores y confiaba en llegar a 1978 con una mayoría de ellos jugando en Argentina y sólo unos pocos en ligas extranjeras. Así se hizo y el único requerido del exterior en 1978 fue Kempes, en aquel momento jugador del Valencia. Fue capaz de formar en cuatro años un grupo incondicional de gente joven con la misión de convertirse en campeones del mundo; y triunfó.

Para los seguidores del fútbol argentino y para los medios de comunicación obtener la Copa del Mundo era visto, paradójicamente - dado el contexto político-, como un acto de redención y de justicia. Onesime en *El Gráfico* escribía que el día de la final “se alcanzó justicia con una gran transparencia... Argentina era campeón mundial por la primera vez”²³. En un número especial de la revista, se resaltaba la importancia de un sueño hecho realidad; el equipo nacional jugaba con la característica que la gente quería (la nuestra) contra una Holanda que representaba el fútbol moderno y funcional de Europa. Una vez más la técnica y la habilidad de los jugadores criollos fue superior a la mecánica manera de jugar holandesa²⁴. El intento de

²² *El Gráfico*, 3003, 19-IV-1977, p. 65.

²³ 3064, 27-VI-1978, p. 23.

²⁴ *El Gráfico*, 30-VI-1978, p. 58.

Menotti de crear un discurso nacional basado en la tradición, la continuidad cultural y el regreso a los fundamentos tuvo un éxito indudable. Menotti repitió reiteradamente a lo largo de los años 1978 y 1979 que la mejor forma de entender el triunfo era verlo como un tributo a “nuestro viejo y querido fútbol”²⁵. Negó sistemáticamente que hubiese creado un estilo Menotti. Simplemente había recuperado la memoria de la gente y su amor por “la naturaleza interior del jugador de fútbol argentino: su creatividad”²⁶. Hizo renacer una historia de pureza a través de un culto explícito hacia los ancestros, los grandes jugadores de Argentina, que perseguían el éxito con fantasía, imaginación y sentido del deber.

Menotti, a pesar de su exagerada modestia, fue declarado “señor de la victoria” dado que inició y culminó un largo proceso basado en la continuidad y en un profundo respeto hacia las cualidades de los jugadores seleccionados. El diario *Clarín* escribía en un editorial del día posterior a la final que el plan de Menotti

Era visto como una incomprensible locura. Creer que era posible formar un equipo competitivo tomando como punto de partida las cualidades del jugador argentino. Jugar bien y ganar... en este proceso la búsqueda de un estilo diferente fue una lucha muy dura... durante cuatro años el equipo jugó bien y menos bien. Ganó y perdió. Pero la religión de la habilidad y el toque fue aceptada por todos los jugadores... Ahora la victoria cubre los momentos más oscuros. El fútbol argentino es el mejor del mundo... y el logro de Menotti es muy grande. Su estilo ganó. Sus convicciones triunfaron. Es posible ser campeón mundial con jugadores técnicos y ofensivos. El fútbol argentino recordará por siempre este triunfo²⁷.

Años después quedó claro que Menotti, una figura progresista, trató desesperadamente de racionalizar el éxito, buscando en la historia del fútbol, y no en la historia política del momento, las categorías y conceptos con los que interpretar los felices acontecimientos. Para ello desarrolló un punto de partida ideológico

²⁵ *El Gráfico*, 3116, 26-VI-1979, p. 63.

²⁶ *Viva*, 19-IV-1988, p. 54.

²⁷ 26-VI-1978, p. 15.

evidente: la política se apoya en la hipocresía y en el engaño; su “filosofía del fútbol” trataba de demostrar la importancia de jugar con generosidad, creatividad y honestidad, sin engaños. Por ello el fútbol, en un período difícil de la historia de Argentina, podía percibirse como un campo performativo atravesado por valores de decencia “permanentes”. Ocho años más tarde decía:

Alguno podrá decir que yo también he dirigido equipos en épocas de dictaduras, en épocas de gobiernos con los cuales no solo no compartía nada sino que contradecían mi forma de vida. Y yo pregunto ¿qué tenía que hacer? ¿Equipos que jugaran mal, que hicieran trampas, que traicionaran el sentimiento del pueblo? Naturalmente que no, que no es así la cosa... Nosotros fuimos conscientes y sabíamos que jugábamos para el pueblo. Un pueblo que en ese momento, en la Argentina, necesitaba un punto de partida para volver a reunirse... Nosotros jugamos de la mejor manera posible porque entendimos que había que devolver el espectáculo al pueblo, que es su único dueño. Devolvérselo en triunfo si era posible pero, sobre todo, en el halago de hacer un fútbol honesto. Cada uno de nosotros tenía una consigna al entrar al campo el día de la final: mirar a la gente. No vamos a mirar el palco para saludar, les dije a los jugadores, vamos a mirar hacia arriba, a toda esa gente, donde puede estar el padre de cada uno de ustedes, porque ahí están los metalúrgicos, los panaderos, los carniceros y los taxistas²⁸.

Para la Junta estaba claro: la victoria expresaba el éxito de la nación y la importancia de permanecer unidos, como el equipo nacional, contra todo tipo de enemigos. El fútbol se definió como una palestra privilegiada en lo que tocaba al patriotismo. Cuatro días después de la final, Videla señalaba que “el triunfo se ha obtenido con capacidad, coraje y disciplina” y no como indicaba Menotti, con “habilidad técnica”. Sin embargo, era más importante percibir la alegría y el entusiasmo de la gente y esto “podría ser visto como un profundo deseo de unión que todos los argentinos sentían. La Copa del Mundo expresaba los sentimientos más puros porque eran la mejor prueba de nuestra identidad y nuestra voluntad de triunfo. La nación

²⁸ César Luis MENOTTI, *El fútbol sin trampas*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986, p. 27.

[MyC, 7, 2004, 175-194]

entera ha triunfado”²⁹. Menotti empleaba la categoría “pueblo” en vez de “nación”. Nación remitía al nacionalismo argentino tradicional, mientras que pueblo se vinculaba a un discurso de izquierda populista. En una nota que publicó en *Clarín* el día de la final, Menotti escribía que soñaba con una victoria que pertenecía sólo al pueblo argentino (no a la nación)³⁰. Sin embargo, pese a esta diferencia, los relatos patrióticos de la Junta ensamblaron la narrativa esencialista de Menotti dentro de una sinfonía victoriosa.

Se admite que los argentinos gobernados por las reglas del miedo y la represión participaron también en la celebración. Claudio Tamburrini, un activista político encarcelado, estudiante de filosofía y jugador profesional de fútbol, que consiguió huir de uno de los centros de detención en marzo de 1978³¹, escribía veinte años después:

¿Qué fascinación tiene el deporte que hace que torturadores y torturados se abracen gritando los goles de un mismo equipo? Durante el mundial del 78, los argentinos- yo también me incluyo- suspendimos el juicio político sobre la situación del país en aras de la euforia deportiva. El deporte, en particular el fútbol, despierta pasiones. Las pasiones no siempre son las mejores consejeras a la hora de tomar decisiones importantes. Apoyar a la selección nacional de fútbol de un país sometido a una dictadura es un ejemplo de irracionalidad costosa, pero tal vez saludable, de un pueblo... Dada la imprevisibilidad de la vida y de la historia, tal vez sea al fin y al cabo racional festejar los triunfos futbolísticos como si se produjeran al margen de las situaciones políticas concretas de una sociedad. Los argentinos deberíamos festejar el título del 78 por segunda vez, ahora sin la incertidumbre de no saber si es correcto o no manifestar alegría en una situación de dolor para nuestros semejantes. Luque, Fillol, el Matador Kempes y Bertoni, junto con todos los otros héroes del 78, deberían dar la vuelta olímpica de nuevo en el Monumental de Nuñez. Ahora sí serían los indiscutibles campeones. Esta vez, Videla está preso³².

²⁹ *Clarín*, 29-VI-1978, p. 15.

³⁰ 25-VI-1978, p. 6.

³¹ Véase Claudio M. TAMBURRINI, *Pase libre. La fuga de la Mansión Seré*, Buenos Aires, Ediciones Continente, 2002.

³² *Perfil*, 12-VI-1998, p. 14.

Tamburrini refleja las paradojas, contradicciones y ambivalencias morales que el Mundial mostró en Argentina. En la sección siguiente trataré de mostrar que el deporte, el fútbol en Argentina, es un campo crucial para obtener una mejor comprensión de algunos de los dilemas a los que se enfrentaron los protagonistas del drama de 1978.

Epílogo: ambivalencias morales 25 años después

El 19 de junio de 2003 estuve presente en un acto conmemorativo organizado por la Universidad de Belgrano de Buenos Aires en el que los principales participantes invitados fueron dos de los mejores jugadores argentinos en la final de 1978: Bertoni y Larrosa. La idea era discutir con los estudiantes acerca de la importancia de la primera victoria en el fútbol mundial. En primer lugar, la asistencia no fue masiva y esto sorprendió a los jugadores, que esperaban una audiencia masiva y deslumbrada. Las reacciones, sin embargo, fueron diferentes. Bertoni señaló que no estaba sorprendido, dado que lo que caracterizaba a Argentina era “la falta de memoria, o quizá, que tenemos una memoria limitada”. Larrosa estuvo de acuerdo con él pero añadió que tal vez las reticencias de los estudiantes procedieran del “exceso de memoria”. Le pedí que desarrollara lo que él entendía por “exceso de memoria”. Larrosa explicó que la victoria se obtuvo en un difícil contexto político, que hubo acusaciones de que la Junta militar había pagado a algunos jugadores peruanos en el partido de cuartos de final del campeonato en el que Argentina había vencido por 6 a 0; y que Maradona, el jugador que dominó el fútbol mundial en los años ochenta, no fuese seleccionado por Menotti en el último momento. En otras palabras, la victoria era el centro de polémicas y de ambivalencias morales. En el debate posterior a ambos jugadores se les preguntó por sus reacciones frente a la indiscriminada e injusta represión desarrollada por la Junta. Insistieron con fuerza en su ignorancia, señalando que el fútbol no era política y que ellos jugaron en representación del pueblo y no de los militares –un argumento típico de Menotti-.

La democracia volvió a Argentina en 1983. Todos los miembros de la Junta y muchos prominentes militares fueron detenidos y juzgados. Las atrocidades cometidas se ofrecieron al

debate público. Era obvio que Menotti y los jugadores no podían permanecer en silencio. La mayoría optó por la explicación que había elaborado el seleccionador: representaban al pueblo y jugaron para él. Además señalaron que, como la mayoría de los argentinos, no conocían el grado de brutalidad de las fuerzas militares y paramilitares. El año 2000 Ricardo Villa, otro importante jugador del equipo de 1978 que luego triunfó en el Tottenham británico, aceptó hablar del Mundial con Tati Almeida, una de las madres de la Plaza de Mayo, que perdió a su hijo Alejandro el 17 de julio de 1975. Villa dijo que estuvo de acuerdo en encontrarse con Almeida porque no se consideraba cómplice de los militares. Él era un futbolista que, desafortunadamente, vivió en una época terrible para Argentina. “Ahora –decía-, pienso que hubiese preferido jugar por un país mejor”. Admitió incluso que de haber conocido lo que estaba ocurriendo, hubiese declinado participar en el equipo argentino, como el capitán, Carrascosa, que rechazó jugar el Mundial pero nunca ofreció argumentos claros que justificasen su decisión. Almeida admitió que ella quería la victoria de Argentina. También hubiese querido que su hijo Alejandro hubiera estado vivo para participar junto a tantos jóvenes en la fiesta que siguió a la final. Villa concluyó el diálogo diciendo que

Estamos hablando de un período terrible. Hoy me doy cuenta que fuimos usado para dar alegría al pueblo. Pero no me gusta que nosotros, los jugadores, seamos presentados como los hijos de la Junta militar porque yo le juro que no sabía lo que estaba pasando en ese momento. Con los años he tomado conciencia que fui engañado pero no fue difícil no jugar: yo era un jugador que quería, simplemente, ser campeón del mundo³³.

Con la llegada de la democracia en los años ochenta, Villa decidió participar en la vida política local. Se integró en el Partido Radical, social-demócrata. En 1990 resultó elegido y presidió durante varios años el consejo municipal de su ciudad, Roque Pérez.

³³ *Clarín Deportivo*, 16-VI-2000, pp. 12-13.

Villa es una excepción en su compromiso político a la llegada de la democracia, pero no fue el único que ejerció la auto-crítica. Oscar Ortiz, uno de los jugadores más regulares durante el campeonato y socialista confeso, declaró que “yo hubiera cambiado el trofeo que ganamos si con ella hubiera parado lo que estaba pasando durante la dictadura militar. Pero debo quedar claro que no es nuestra culpa, nosotros no éramos el origen de la tiranía”, añadiendo que incluso la sociedad civil y los líderes políticos tuvieron más responsabilidad al aceptar pasivamente el golpe de Estado. Consideraba que se había vertido un exceso de culpabilidad en los jugadores dado que, señalaban muchos, el partido contra Perú fue arreglado por la Junta y que ellos habían jugado para lavar la cara a los militares, todo lo cual era falso: “porque no fuimos los campeones de la dictadura, fuimos accidentalmente campeones durante ese período, y jugamos, además, un gran fútbol”³⁴. Menotti apoyó el razonamiento de Ortiz al preguntar retóricamente “porqué hay tanta crítica contra el equipo y no contra los empresarios, los medios o los políticos”³⁵. Por ello pedía una mejor comprensión de lo ocurrido en 1978: “sin minimizar la dictadura es importante poner la Copa del Mundo en su contexto real”³⁶.

Ni los jugadores ni Menotti ofrecían argumentos excepcionales. El recurso a la ignorancia de los argentinos ha sido denominado como la dialéctica de “la apariencia del horror y el mito de la inocencia”³⁷. A partir de la segunda mitad de 1982 la revelación del alcance de la tortura y el asesinato fue tal que tras unos meses de incredulidad siguió una indignación general y la repulsa a cuanto los militares hicieron desde 1976. El complejo mecanismo de rechazo construido por los represores y la falta de testigos, junto con la extrema crueldad, condicionaron el escepticismo de la opinión pública. Esta situación se fue desmoronando a partir de las evidencias y se instaló en el país un

³⁴ *Veintitrés*, 259, 26-VI-2003, pp. 78-9.

³⁵ *La Nación Deportiva*, 25-VI-2003, p. 3.

³⁶ *Página 12*, 15-VI-2003, p. 20.

³⁷ Véanse Inés GONZÁLEZ BOMBAL, *Los vecinazos. Las protestas barriales en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Ediciones del IDES, 1988 y Marcos NOVARO y Vicente PALERMO, *La dictadura militar*.

[MyC, 7, 2004, 175-194]

sentimiento de culpabilidad. ¿Cómo era posible ignorar lo que habían hecho los militares y otras fuerzas represivas? El miedo y el terror fueron, junto con el papel de los medios de comunicación en el apoyo a los militares, importantes factores en la creación de pasividad y desinterés. Villa, Ortiz y el resto de los jugadores, fueron parte de un pueblo que prefirió adherirse a la lógica de la inocencia. En la actualidad es evidente que los años de gobierno militar provocaron en Argentina una situación extrema de alienación social³⁸.

He mostrado en mi artículo que la genuina pasión por el fútbol en Argentina se articuló en torno a un doble discurso: la narrativa de la tradición y la forma de juego y la ideología de una nación en justa lucha contra el comunismo y la subversión. Julio Marini escribe que el principal dilema veinticinco años después es el de cómo comprender el amor de la gente hacia un deporte en medio de un “tiempo cruel”. Describe el compromiso de los seguidores en el estadio y fuera de él, de aquellos que desconocían lo que estaba ocurriendo y de quienes lo ignoraban. Incide incluso en la más patente de las paradojas: los prisioneros escuchaban la radio y mostraron una sincera alegría el día de la victoria en la final³⁹. Como parte de la mitología argentina, se dice que el capitán “tigre” Acosta, uno de los más violentos torturadores de la Marina, entró en una celda tras la final porque los prisioneros gritaban “Vencimos, vencimos”. Entonces él mismo participó en esa euforia auténtica y espontánea. Como un ejemplo de su crueldad se cuenta que subió a un grupo de prisioneros en un coche para que pudiesen ver con sus propios ojos que la gente no se preocupaba de los derechos humanos ni de ellos. Sólo estaban interesados en el Mundial. Una de las víctimas relató al periodista Fernández Moore que pidió a Acosta que abriese el techo del coche para tener una visión mejor de las masas en la calle. Y cuando lo hizo, pensó gritar que ella era una de las desaparecidas recluidas en un lugar

³⁸ Véase Hugo VEZZETTI, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2002.

³⁹ *Clarín Deportivo*, 25-VI-2003, p. 7.

secreto. Pero se dio cuenta de que no tenía sentido, dado que la gente hubiese pensado que era una loca en medio del carnaval nacional⁴⁰.

El escritor Alfredo Leuco, de forma provocativa, reconocía haber participado en las celebraciones callejeras pese a conocer las atrocidades cometidas por la Junta al haber perdido a varios amigos. Escribe que:

Creo que la dictadura manchó de sangre la historia de este país. Pero la pelota –como diría Maradona, el filósofo de Fiorito– no se mancha. Ni el hincha tampoco. Es muy antigua, errónea y paternalista esa visión de que el fútbol narcotiza a las masas y las entretiene mientras los explotadores hacen su trabajo. El fútbol no es el opio de los pueblos ni para los que juegan ni para los que lo miran. Diría que todo lo contrario. El fútbol es movilizador de la creatividad colectiva, cosecha multitudes que unifican intereses y objetivos, democratiza las relaciones de clase y mezcla en abrazos y compinchismos a gente de todas las razas y confesiones. Es la expresión de lo que somos y de lo mejor que tenemos. Para bien y para mal... Hace 25 años se construía una de las más crueles paradojas argentinas. La felicidad de salir campeones del mundo por primera vez estallaba simultáneamente con el desgarrar doloroso de miles de argentinos que morían por goleada. Juntas la pasión y el horror de multitudes. El fútbol y la muerte jugando el mismo partido en una cancha llamada Argentina⁴¹.

Es evidente que la victoria de 1978 siempre se percibirá como una dificultad moral generadora de unas ambigüedades y ambivalencias que he tratado de mostrar. Larrosa fue uno de los organizadores del acto conmemorativo por los veinticinco años del éxito. El día elegido fue el 9 de julio de 2003, el día de la Independencia de la nación, y el lugar el estadio del River Plate. En la Universidad de Belgrano insistió en la generosidad del comité “la celebración no era solo por el triunfo del 78 sino un homenaje al fútbol argentino”. En esta línea, actuaba de acuerdo al esquema ideológico desarrollado, varios años atrás, por Menotti. El partido

⁴⁰ Ezequiel FERNÁNDEZ MOORE, ‘The many faces of Argentina 78’ (manuscrito inédito), 2003, p. 11.

⁴¹ *Página 12*, 25-VI-2003, p. 21.

conmemorativo, decía, se jugaría por antiguos y nuevos jugadores que representaron a Argentina en diversos mundiales y competencias internacionales. Nos dijo incluso que la Asociación del Fútbol Argentino había previsto la entrega de medallas a jugadores tan carismáticos como Batistuta y Simeone. También fue invitado Maradona y prometió asistir desplazándose desde Cuba. Se esperaban sesenta mil espectadores, pero sólo novecientos ocuparon las localidades. Fue un día triste para los héroes de 1978. El pueblo al que representaron no se molestó en asistir. Maradona no salió de La Habana, e incluso Kempes, el mejor de todos ellos en el campeonato, no apareció. La gente les ignoró. Eran parte de la historia; fueron, en cierto modo, los jugadores del partido entre el fútbol y la muerte. Simbolizaron una época traumática que nunca se olvidará y, en medio de todo ello, fueron como un diamante oscuro, los nombres y la encarnación de la primera gran victoria del fútbol argentino.

Varia

